

CENTROAMÉRICA: EL ESTADO DE LAS CIENCIAS SOCIALES

Edelberto Torres Rivas

El posmodernismo fue una búsqueda de una nueva señalización, que se afirmara en la negación de todo lo que creó la ilustración francesa y el cambio fundamental que hubo por la revolución francesa. Fredrick Jameson, filósofo norteamericano, al referirse al posmodernismo lo califica como un «milenarismo de signo inverso». Las premoniciones catastróficas o redentoras del futuro son reemplazadas por una predicción del fin de todo: el fin de las ideologías, el fin del arte, del cual se habló mucho, el fin de las clases sociales, el fin del leninismo, de la social democracia, el fin del Estado de bienestar; es decir, fue una época o un momento en que la fórmula que adopta la ideología dominante es la de un pensamiento del fin de todas las cosas, sin que se prevea que comience ninguna otra sustituyéndolas. Dice Jameson que el posmodernismo puso fin a una etapa importante, caracterizada por el sentido de la tragedia, la gran herencia de los griegos. Esto comenzó a introducir un gran desorden temático en las ciencias sociales, que es importante como caracterización de la crisis, pero ese desorden se vio reforzado no solo por ese periodo de posmodernismo que ya pasó, sino también por otro fenómeno. También se habla de crisis cuando se pierde el sentido ortodoxo entorno a una proposición teórica o científica que busca explicar algo fundamental.

Al respecto Kuhn dice que un paradigma es la propuesta científica entorno a la cual se aglutina un conjunto de investigadores, en un momento determinado, o sea, hay un consenso científico en torno a esa propuesta que se desarrolla y que enriquece el conocimiento. Los paradigmas, por supuesto, nacen y mueren, pero orientan durante algún tiempo. En las ciencias sociales han habido varios momentos paradigmáticos; enfatizo esto, porque he oído hablar de «paradigmas»

como si fueran cualquier cosa y no es así: son momentos muy especiales en los cuales hay fundamentalmente «unanimidad de criterio». Por ejemplo, el que imperó en las décadas de los cincuenta, sesenta y setenta. Yo recuerdo los años setenta en Chile, la época en que el estructural-funcionalismo, con Parsons a la cabeza, reinaba, por así decirlo. La escuela de Chicago, que encabezó Parsons, reinó por largo tiempo sin detractores. La explicación del éxito de este paradigma es porque fue formulado para una sociedad como la norteamericana: bien integrada, en equilibrio, sin conflictos y con el cambio previsto. Cuando aparecen después los conflictos en Estados Unidos (EE. UU.) y en todas partes, las luchas, las manifestaciones violentas, etcétera, ese tipo de paradigmas que suponen el equilibrio bioestático ya no tiene sentido.

En otra época Durkheim era el maestro frente al cual no se discutía nada, sobre todo por sus referencias al pensamiento británico de tradición utilitarista, que explicaba el cambio y el desarrollo social basado en el individuo, y no como lo propone Durkheim como grupo colectivo. Pero el paradigma más importante que habría que recordar como experiencia o modelo personal, es el paradigma marxista, porque ese fue casi universal, no solo fue en EE. UU., Francia ni en Europa; fue casi en todo el mundo y en América Latina lo experimentamos muy fuertemente. El marxismo se presentó como un paradigma exitoso, por una razón que no tenían los otros paradigmas: no solo es una explicación filosófica, sino que también es un razonamiento sobre la sociedad capitalista y las posibilidades de cambio. De tal manera que uno era marxista con elegancia y orgullo por creerse portador de un saber superior y que además facilitaba el cambio social, el cambio estructural o dicho de una manera más vulgar: ser marxista era entender la realidad para destruirla, porque no nos gustaba, y nada de esto ocurrió.

Hay que afirmar que hubo un desfundamento del marxismo; el marxismo se cayó antes de que el muro de Berlín. Y por supuesto, se puede seguir siendo marxista, nadie lo criticaría, pero como paradigma que concita la unanimidad o el respaldo, se terminó. Se puede seguir siendo estructural-funcionalista, se puede utilizar a Durkheim

con su teoría de la sociedad orgánica, a Marx, pensado que algunos de sus fundamentos, sobre todo la existencia de clases como motor del cambio, siguen siendo parcialmente válidos. Todo esto introdujo una variedad de temas que se expresan por la existencia de muchas investigaciones, que no se publican o al revés, de muchos libros que no están basados en la investigación, que es peor. Por eso yo hablo de desorden temático. En una revisión temática que se hizo utilizando la revista *Latinamerican Research Review*, en un año ocuparon en el espacio de la revista 28 temas distintos, cosa que antes no ocurría, ¿qué pasaba antes?, cuando digo antes me refiero a los sesenta y setenta, el desarrollo era la gran preocupación nuestra; la teoría del desarrollo, la teoría de la modernización y el cambio, que tuvo de gran creador a don Raúl Prebisch, economista, y al gran Henrique Cardoso, a ellos y a quienes estuvimos a su alrededor nos interesaba el tema del cambio, el cambio social, el cambio económico. Eso se terminó y entonces, repito, hay un desorden temático. Me refiero a que cualquiera puede escoger un tema y desarrollarlo, pero sucede que esos temas menores de orientación microsociológica son abandonados un año después, luego toman otro, otro y otro, o sea, no son fieles a un tema y la infidelidad no es buena ni el amor, pero en este caso ocurre, pero yo me pregunto si esto que aparece como desorden temático o anarquía en el disenso, ¿no es más bien expresión de una bien aventurada libertad de elección? A lo mejor no es la expresión de un estado de confusión conceptual y epistemológico, sino de la búsqueda que la generación joven tiene derecho para encontrar lo que les interesa.

Quiero plantear esta segunda duda: ¿Qué es entonces mejor: hay desorden temático o hay libertad creativa que la joven generación experimenta en su búsqueda? O sea, estoy planteando sin querer un tema generacional, porque como las ciencias sociales se han vuelto conservadoras en el último tiempo, yo digo que aquí hay un contrasentido generacional: los viejos todavía queremos incendiar la sociedad capitalista, pero los jóvenes son los bomberos del momento. Esta situación me hace pensar en una frase de Wallerstein: «Se multiplican las desesperanzas», el futuro de las ciencias sociales es la desesperanza, la incertidumbre que alimenta la única orientación teórica posible; o sea, la única orientación es la desorientación.

Fue precisamente Wallerstein, quien planteó algo que quiero mencionar. Me refiero a la poca importancia que tienen las disciplinas en ciencias sociales. Entre la antropología y la sociología no hay frontera visible; entre la sociología y la ciencia política, tampoco y digo esto, porque la existencia de disciplinas académicas no corresponde a las ciencias, sino a la administración de las ciencias, para administrar la facultad de sociología, de economía, etcétera. Por cierto, cuando oigo que hay una asociación de sociología con 300 personas y está Héctor Dada entre ellos digo: ¡qué bueno porque Héctor es economista!, ¿qué está haciendo en una asociación de sociología? Los límites ya no se respetan y qué bueno que así sea y que se junten todos los que hacen ciencias sociales con pretensiones, por supuesto, de especializar su conocimiento. El problema que sí podría ser evidentemente grave es que esta búsqueda de la verdad en el seno de la crisis de paradigmas, esa necesidad de encontrar norte o una orientación cierta puede conducir a algo que no es lo mejor. Uno entonces está en la situación del joven en una investigación: hace uso de este autor y de este otro, y se mueve, ya no en el seno de una matriz ortodoxa, sino en una matriz ecléctica, y ese eclecticismo puede ser un oportunismo teórico. Me valgo de Weber porque explica bien la forma de adoctrinación, pero me valgo de Marx, porque la analiza como una estructura de clase, como instrumento del que la burguesía hace uso. Así pueden adoptar ideas de diversos autores. Tercera duda: ¿Vale la pena moverse en una matriz ecléctica, o es mejor ir buscando derroteros menos dedicados?

Planteo un cuarto problema, y con esto ya no me refiero a un problema de las ciencias sociales en general, sino que quisiera hacer referencia a experiencias personales sobre Centroamérica, que tienen relación teórica o científica con la realidad centroamericana. Afirmo, y ustedes dirán si tengo razón, que en la vida centroamericana de los últimos cincuenta años han ocurrido varios acontecimientos de una extraordinaria originalidad frente a los cuales no se ha dado todavía una respuesta satisfactoria. Tampoco las ciencias sociales norteamericanas han ayudado a comprenderlas. Voy a mencionar tres ejemplos de esta anomalía o situación original de Centroamérica: no ha habido en América Latina una experiencia como la de Nicaragua,

donde se vivió el poder de un régimen dinástico, hereditario como el de la familia Somoza; un poder sultánico, insolente, casi imperial, pero plebeyo, con 46 años de duración. Tenemos que explicar cómo fue esta situación de la familia Somoza. Pero por qué no tratar de explicar lo ocurrido en El Salvador donde el Ejército estuvo 46 años en el Gobierno y las clases o grupos dominantes, los cafetaleros y después los cafetalero-industriales, aceptaron que fuera el Ejército el que dirigiera el poder, durante casi medio siglo. Ese fenómeno es originalísimo, no ha ocurrido en otras partes de América Latina, las ciencias sociales no se hacen cargo de esta explicación. Ya no digamos de una explicación para una situación trágica como la de Guatemala donde en la década de 1980, en un plazo de 18 meses, el Estado asesinó 80 000 personas: el Estado matando a sus ciudadanos. Si esto hubiera ocurrido en EE. UU., tomando en cuenta las diferencias entre una población de 9 millones con una de 250 millones, el Estado norteamericano tendría que haber matado 230 000 ciudadanos negros. ¿Cómo queda ese país?, ¿cómo queda ese Estado?, desacreditado. ¿Por qué no ha habido alguna explicación para este fenómeno?, aunque han habido algunos intentos de explicación que no los considero plenamente satisfactorios.

El quinto problema que planteo está relacionado con estos intentos de explicación. Para encontrarle alguna lógica a esto que ha ocurrido, se recurre a la política estadounidense. Se dice que lo que ha ocurrido en Centroamérica es siempre, y sobre todo en los últimos cincuenta o sesenta años, resultado de nuestra posición geoestratégica; estamos en el primer círculo de la influencia geopolítica norteamericana. Hay tres círculos, como ustedes saben, nosotros estamos en el primero donde está parte del Caribe, México y Centroamérica; en consecuencia, la explicación puede ser del orden que yo la veo muchas veces mencionada, por ejemplo Frederick Chatfield, el cónsul inglés en la época de la independencia, hizo todo lo posible por romper la República Federal de Centroamérica y lo logró, porque los intereses ingleses estaban en contra de la solución federal que inicialmente se había dado, y se dice entonces, que el imperialismo británico, con la mano del cónsul inglés, hechó a perder

el proyecto de república federal. También se dice que Somoza fue criatura de la política norteamericana y que cuando Carter le retiró el apoyo tres días antes de que se fuera, Somoza se molestó porque sabía que estaba perdido. Se dice que la caída de Arbenz fue resultado de una conspiración imperialista que encabezó EE. UU., lo cual hasta cierto punto es cierto.

Yo dejo planteada la duda: ¿Hasta dónde y con qué profundidad estas hipótesis causales explicativas son valederas o en qué dimensión lo son? Lo cierto que ocurre es que ni sociólogos, ni economistas, ni politólogos, ni historiadores hemos asumido alguna de estas trágicas situaciones como fenómenos u objetos de estudio. Las ciencias sociales suramericanas van por otro lado, yo estuve en una reunión en Buenos Aires y cuando planteé estas cosas un distinguido politólogo argentino dijo: «*No, no, no esos fenómenos de Centroamérica son anomalías, las ciencias sociales en América Latina se ocupan de algo que es más frecuente, que es normal*». Efectivamente, nosotros caemos en el vicio directamente provocado por esta situación, porque no hemos explicado el autoritarismo centroamericano, sino recurriendo a la teoría de los regímenes burocrático-autoritarios de O'Donnell. Lo burocrático-autoritario explicaría a Centroamérica, cuando a estas alturas de la vida las teorías de O'Donnell explican efectivamente Brasil, Chile y Argentina, los regímenes burocrático-autoritarios. Otras veces se recurre a la transición a la democracia acerca de la cual hay numerosos autores, que han trabajado el tema como el proceso de constitución de actores democráticos que finalmente triunfan y la imponen. La democracia en Centroamérica no fue un proceso de transición, fue una implantación institucional por convocatoria de los militares, que entregaron el poder en Guatemala y El Salvador como resultado de una crisis interna y de la decisión de una cúpula militar. Centroamérica no ha estimulado reflexiones sobre el tema de la normalidad, yo me quedo pensando: ¿Somos efectivamente, a lo mejor, una anomalía de la historia?, propongo hagamos la «teoría de la anomalía» que si somos anómalos, lo asumamos como tal y a pesar de todo con buen sentido, tal como lo propone uno de los documentos que la señora Viceministra Erlinda Hándal leyó hoy, y que dice así: «*Esta figura [refiriéndose al*

investigador social] es de gran trascendencia, para el desarrollo de las ciencias sociales y las humanidades, pues propicia la creación de nuevos conocimientos y garantiza la enseñanza, y por lo tanto, la reproducción de nuestras disciplinas en El Salvador y en toda Centroamérica» y termina así el párrafo: «El Salvador debe pasar de ser una nación donde únicamente se reproduce el conocimiento, que se genera en otros países, a ser una sociedad donde se generan conocimientos sobre su propia dinámica social y cultural, sobre la problemática del país y sus prioridades»; o sea, este es un llamado no a hacer sociología nacional, porque no existe, pero si a asumir y enfrentar los fenómenos de nuestra historia como propios de una explicación, que a lo mejor difiere de la moda o de lo que es corriente en otros países del mundo o en Suramérica. Qué bonito sería, como diríamos en economía, una política de sustitución de importaciones en ese sentido ¡Ojalá la podamos hacer!

También es conocido el proceso que ocurrió, no sé a partir de qué momento, pero sé que después de los ochenta la sociología de América Latina fue invadida por la ciencia política. Los fenómenos sociológicos comenzaron a ser estudiados con una dimensión «politologizante» y el análisis social empezó a preocuparse del estado de la democracia, de los partidos políticos, etc., etc. Esta fue una dimensión importada por cierto, porque en EE. UU. todavía no se estudia el Estado. Se habla de *Government*. El Gobierno es otra cosa. El Gobierno es el de Funes acá. El Estado salvadoreño es el que se está construyendo en El Salvador desde que se firmó la paz. De modo que esa orientación hacia el estudio del Estado y de la política marcó la tendencia de la sociología, y el fenómeno era muy importante. Esto me sirve para hacer una consideración del siguiente tipo: en el estudio de la democracia que venimos haciendo, se publica mucho sobre la democracia en todas partes, se viene haciendo una innovación: la democracia no puede estudiarse como un fenómeno *per se*, como un ideal político, la democracia como un instrumento, para elegir la Asamblea Legislativa, el presidente que nos va a gobernar. Cuando en las encuestas como las del Barómetro Iberoamericano se pregunta la percepción que se tiene sobre la democracia, mayorías importantes dicen: «No, ya no me gusta la democracia, ya no la respeto, porque no me ayuda a resolver mis problemas de trabajo,

porque sigo pobre, porque sigo desocupado, etc., etc.», confundiendo de esa manera algo que habría que rectificar. Ese tipo de injusticias no deben reclamársele a la democracia, sino al Estado democrático, es el Estado el que tiene que resolver con sus políticas esa situación nefasta; en consecuencia, hay una orientación, de la cual yo soy partidario, de estudiar la democracia pero como Estado democrático, es decir, estudiar al Estado como el eje entorno al cual se organizan la sociedad nacional y todos los efectos incluidos, pero que daría cuenta de los problemas que antes apuntaba, los problemas sociales que el Estado democrático tiene que asumir como tarea fundamental.

Otro tema que me parece importante explicar son las revoluciones que hubo en Centroamérica. Los proyectos revolucionarios de hace como veinticinco o treinta años tienen diversas perspectivas, pero los que a mi juicio han tenido un mayor acercamiento a la explicación histórica es porque parten de la idea de que la crisis revolucionaria es una crisis del Estado; en consecuencia, es el Estado al que hay que estudiar. Cuando una revolución triunfa, ¿qué es lo que primero cambia? Es el Estado, las clases sociales solo muy a la larga cambian. Los valores y las formas de las instituciones se mantienen, pero el Estado es el primero en cambiar; en consecuencia, hay que privilegiar el papel del Estado no solo en relación a la democracia ni en relación a la revolución, sino frente a otros aspectos que voy a mencionar muy rápidamente.

En los medios políticos y académicos se escucha hoy día la verdadera naturaleza del Estado en relación a cuatro o cinco temas irreductibles. El Estado enfrentando la pobreza que tiende a crecer, las desigualdades son imposibles de batir; el Estado enfrenta la informalidad actuando como si estuviera atado de manos. Igual ocurre con el desborde criminal y el narcotráfico, entonces suele hablarse de Estados débiles. Quisiera dejar planteado el tema de la dialéctica Estado débil-Estado fuerte, porque el adjetivo «débil» confunde el sustantivo con el adjetivo y tiende a identificar el Estado débil con Estado mínimo, como lo diseñaron los neoliberales; el Estado mínimo no es el Estado débil, no lo confundamos porque si no el Estado fuerte sería el Estado autoritario o todopoderoso. Creo que habría que definir y lo haré a continuación: Estado fuerte alude, sobre todo, a un poder socialmente

representativo, políticamente legítimo, y administrativamente eficaz, es decir, aquel que cumple con sus funciones básicas; se concibe por Estado fuerte el que tiene capacidad operativa, para hacer respetar su autoridad en cualquier situación, el que no negocia con los empresarios, si van a pagar o no impuestos como en Inglaterra o en Francia, en el parlamento se discute y se decide, no en las cámaras.

Por supuesto, puede existir un Estado mínimo, pero fuerte y un Estado denso, pero débil, mas esto lo hemos superado con la siguiente definición: el Estado débil sería el Estado que no es eficaz, que no es legítimo, que es pobre, o sea, que no tiene recursos financieros ni la capacidad de cobrar impuestos y sobre todo, una característica que es muy importante no olvidar, el Estado débil es un Estado colonizado por los intereses privados. ¿Qué significa esto?, que el Estado está influenciado fuertemente por la Iglesia, como lo estuvo en el pasado, o fuertemente por los militares o fuertemente por los empresarios. Un Estado fuerte es el que no depende de los intereses particulares, corporativos, sino que responde a los intereses generales de la nación y de la sociedad en su conjunto; es decir, que tiene un valor universal, por así decirlo. Ese es el Estado fuerte.

El de Somoza no era un Estado fuerte: se derrumbó, lo dice la misma historia, cuando algunas condiciones de su extrema debilidad se pusieron en evidencia. Pero la Guardia Nacional de Nicaragua estaba casi intacta, no fue militarmente derrotada; fue el Estado que encabezaba Somoza el que se derrumbó por factores de la negociación, y claro, porque el sandinismo estaba en una abierta ofensiva. Creo que la idea de Estado débil debería hacernos pensar en que últimamente para que un Estado sea democrático debe ser fuerte. En resumen, un Estado débil no puede tener estas características, y en consecuencia, se queda como un Estado incompleto, que no cumple lo que se espera de él por ser democrático.

Y seguramente, ustedes han oído hablar de la noción «Estado fallido» que ocupa parte de un debate, pero este debate es más bien estratégico-político y no académico. El Fondo para la Paz (*Fund for Peace*), con sede en Washington viene realizando una encuesta desde hace doce años con un índice de «Estados fallidos», que ha aplicado a

170 Estados, son nueve indicadores que sirven para medir si estamos en presencia de un «Estado fallido» o no. Yo diría puede ser interesante esta connotación, siempre que se busquen referentes más objetivos, que permitan decir que el Estado está perdiendo una condición básica que es el control monopolístico de la violencia legítima, definición weberiana de Estado o del Estado moderno. Hay situaciones en algunos países donde este monopolio se pierde; en situaciones como la de Somalia donde no hay Estado, y en consecuencia, la fuerza la ejercen a su manera los señores de la guerra: seis señores de la guerra peleando entre sí el espacio territorial de lo que pudo ser el Estado somalí. Hay dos o tres países africanos en que esto comienza a ocurrir o ya ocurrió, en que frente al ejército nacional aparecen dos o tres ejércitos más.

Esta situación, guardada las distancias, aparece en algunos países. Voy a mencionar el caso de Guatemala, que no es un estado fallido, pero que por el conjunto de características históricas en que se mueve, tiene posibilidades de llegar a serlo. En este momento, el Ejército de Guatemala tiene 15 000 hombres sobre las armas y 22 000 policías, y solo el número de matones, guardaespaldas, guardias de seguridad, etc., es de 120 000. El narcotráfico tiene bandas armadas modernamente tecnificadas, en algunas zonas del país, que se enfrentan con la Policía, yo no digo que ganan, porque no ganan, pero se enfrentan y matan cinco o seis policías. Allí el Estado está perdiendo parte del control de la violencia legítima, tema que en consecuencia dejo planteado, porque puede ser que en este sentido algunas tendencias de descomposición social desemboquen en esta situación.

Por último, otra noción también importante, es la de «Estado paralelo», que creo tiene más valor literario-simbólico que real. Se dice que hay «Estado paralelo» cuando una serie de instituciones importantes del Estado están siendo penetradas, influenciadas o codeterminadas por intereses del narcotráfico, cuyo poder es incontrastable. Es muy difícil llegar a determinar con exactitud la medida en que esto está ocurriendo, pero ocurre en México, en toda Centroamérica y en muchas partes donde los intereses del narcotráfico que se mueven en un mercado ilegal y criminal, tienen control e

influencia sobre los jueces, corrompen a los policías, magistrados, diputados, alcaldes, empresarios, financieros. Por ejemplo, en Guatemala se roban 30 automóviles diarios, digamos 20 y se ha estimado que el precio promedio de cada uno es de 50 000 quetzales si multiplicamos 50 000 por 20 y luego por 360, llegamos a la astronómica suma de 360 millones de quetzales; para manejar 500 millones, el roba-carros tiene que recurrir al sistema financiero necesariamente y luego de las extorsiones y los asaltos... El 7% del Producto Interno Bruto es manejado por grupos o sujetos criminales. Si no recurren al sistema financiero, yo no sé cómo hacen, en consecuencia, también hay corrupción de banqueros, soldados, policías, jueces, magistrados y financieros. Este es un tipo de dato cierto, que debería de hacernos pensar no en «Estado paralelo», sino en un tipo de situación en que el Estado comienza a ser carcomido desde el interior.

Bueno yo creo que termino aquí, espero que puedan haber dos o tres preguntas. Muchas gracias.